comprendían lo que importaba y valía el honor del suelo en que vieron la primera luz, se unieran haciendo á un lado resentimientos personales y de partidos, que siempre nacían y eran propios, no de la pequeñez de los hombres, sino de las situaciones gráves y difíciles en que se colocaban muchas veces; que era necesario sacrificar en áras de la patria todo aquello que fuera pequeño y poco noble, todo aquello que tendiera á debilitar el poder de México; en suma, que era necesario que el Cuerpo de Ejército de Oriente fuera el eco fiel de los sentimientos nacionales, y que para que su voz fuera más vigorosa y potente, debía ser una sola y llevarla su general en jefe, lo que daría tambien por resultado, que la acción de éste quedara más expedita y pudiera fijar su atención en solo los asuntos de la guerra.

El señor General Cuartel-Maestre tomó la palabra y hablando en nombre de los Jefes que se hallaban presentes, en términos elocuentes y sentidos, me ofreció de la manera más explícita y solemne, que quedarían cumplidos mis deseos, por exigirlo así los intereses de la patria.

En seguida manifesté que aquella reunión tenía otro objeto, y era el principal. Dije que la guerra tenía azares que todos conocían, que por uno de ellos podía caer la plaza en poder del enemigo, que por uno de ellos podían sufrir un descalabro las tropas que tenía la honra de mandar, y que por uno de ellos podía ver la patria desvanecidas sus más alagüeñas esperanzas respecto de la victoria, y que ésto no podiamos evitarlo ni ponernos á cubierto de sus consecuencias, supuesto que esos mismos azares procedían de las inmutables leyes de la naturaleza; pero que lo que sí podiamos salvar á pesar de nuestros mismos enemigos, fueran cuales fueren los sucesos, lo que no tenían poder para arrebatarnos ni aún los mismos acontecimientos, era el honor de México: y que para salvar éste, si la guerra se desgraciaba respecto de nosotros, si la fortuna no nos era propicia, yo contaba como colaboradores con todos los hombres de corazón aquienes llamaba compañeros de armas, con todas las notabilidades democráticas que de puntos lejanos y atravesando centenares de leguas habían concurrido á Zaragoza, no en pos de comodidades ó empleos militares, sino en busca de rudas fatigas y de una tumba gloriosa; que á esos hombres, en quienes la Nación tenía cifrado su porvenir y que eran la columna de sus libertades públicas, yo los juzgaba capaces de todo lo grande, de todo lo que es capaz un pueblo cuando se trata de su honor, esto es, de los actos más heróicos; que por lo mismo quería que anticipadamente y de una manera solemne, levantáramos un monumento á las glorias de México, y que ese monumento consistiera en hacer todos una protesta que dejaríamos consignada y firmada en una acta, de defender cada uno de los señores Generales y Jefes los puntos que les encomendara, sin que importara algo para el cumplimien-

General Mariano Escobedo.

to de las consignas que recibieran, si alguno ó algunos de esos puntos caían ó no en poder del enemigo, pues de lo que debían cuidarse era de defender cada uno honrosamente sus parapetos y reductos, aunque la ciudad quedara convertida en escombros, y no hubiera ya medio alguno de salvarla, peleando cada uno en los puntos encargados á su defensa, hasta caer muertos ó prisioneros en ellos; pues estaba resuelto, por que así me lo aconsejaba el honor y el deber, á que si la fortuna no nos era favorable, no salvar de la Plaza ni un cartucho, ni un proyectil, ni un hombre, ni un cañón, y á defender á la Ciudad hasta en su último atrincheramiento, para que pudieramos decirle en él al general del ejército invasor, cuando ya humanamente no nos fuera posible poder continuar la lucha: *No podemos ya defendernos; no te pedimos garantías; ven y ahórcanos si quieres.* Tales fueron mis palabras.

Al preguntar si se hacía la protesta, si se levantaba la acta, y si prestaban, no como soldados sino como ciudadanos, su aquiescencia para ello, todos se levantaron de una manera simultánea para aprobar cuanto había dicho. No hubo discusiones, no hubo explicaciones, no hubo objeciones de alguna especie: á mi incorrecto discurso sólo sucedieron lágrimas, lo que me demostró que mis palabras no eran otra cosa, sino lo que formaba la conciencia de todos, lo que estaba en el sentimiento de todos.

Manifesté también: que aquella acta quedaría oculta miéntras pasaban los sucesos que se esperaban en Zaragoza, para no desvirtuar su objeto, y para que ella misma testificara en lo sucesivo, cuáles habían sido las resoluciones que se tomaron en las horas más frias y glaciales de los acontecimientos, y dijera al Gobierno Supremo de qué manera se habían cumplido sus órdenes y llenado sus deseos; y á la Nacion, en qué términos habían comprendido sus hijos sus deberes, y cómo los habían llenado.

La base de mis proyectos estaba puesta ya. La fortuna me había comenzado á sonreir para realizarlos.

Yo, por un principio de noble orgullo y de amor propio, quería tener la honra de escribir aquel documento, donde el Cuerpo de Ejército de Oriente, por medio de sus jefes de alta graduacion, iba á dejar consignada una expresion de heróica y sublime abnegacion, un voto de austeridad militar y patriotismo, y por lo mismo diferí aquel trabajo material de un día para otro, y de éste para aquel, hasta la llegadá del ejército frances á la plaza, sin que el carácter urgente de la multitud de quehaceres que me rodeaban, me hubieran permitido llenar mi deseo en este punto. El documento, pues, no fué escrito materialmente; pero su contenido quedó consignado solemnemente en una protesta hecha por generales y jefes pundonorosos, y escrito en el corazón de cada uno de ellos.

En el acto señalé los puntos que debían defender, á cada uno de los jefes que mandaban divisiones y brigadas.

Encargué la defensa de la línea que quedaba comprendida entre los fuertes de Loreto, Guadalupe y la Misericordia, ó sean 5 de Mayo, Guadalupe é Independencia, inclusos dichos fuertes, al señor General D. Felipe B. Berriozábal, que mandaba la primera division. El primero de los fuertes mencionados, quedó á las inmediatas órdenes del señor General Hinojosa, el segundo á las del señor General Gayoso, y el tercero á las del señor General Osorio.

La línea comprendida entre los fuertes de Santanita y S. Javier, ó sea el Demócrata é Iturbide, inclusos estos últimos, la encargué al señor General D. Florencio Antillón, que mandaba la tercera division, quedando por entónces, encargados también, del primero de dichos fuertes, el señor Coronel Macías, Jefe de una de las brigadas de Guanajuato, y del segundo el señor General Rojo, Jefe de otra de las de Morelia.

La línea comprendida entre los fuertes del Cármen, ó sea Hidalgo y Morelos, la encomendé al señor General D. Francisco Alatorre, que mandaba la cuarta division, quedando el primero de los fuertes referidos, á las órdenes del señor General Ghilardi, y el segundo á las del señor Coronel, hoy general, D. Miguel Auza.

La línea comprendida entre los fuertes de Zaragoza é Ingenieros, la dejé á las órdenes del ilustre y malogrado General, D. Ignacio de la Llave, que mandaba la quinta division, quedando encargado del primero de dichos fuertes, el señor General Pinzon, y del segundo el señor General Patoni.

El señor General Mejía, que mandaba una brigada suelta, estando á las inmediatas órdenes del cuartel general, quedó encargado de la defensa del perímetro interior de la plaza.

El señor General D. Miguel Negrete, á cuyas órdenes se encontraba la segunda division, quedó formando con ella la reserva general del Cuerpo de Ejército.

Con justicia ó sin ella, pero más bien como resultado de la agitacion en que se hallaban los ánimos y el estado de exageracion á que había llegado el sentimiento patrio, respecto de la defensa de la plaza, existían fuertes diferencias entre el Jefe del Cuerpo de Ingenieros, Coronel D. Joaquín Colombres, para quien oficialmente pedí al Supremo Gobierno el empleo de General de Brigada, y los principales Jefes del referido Cuerpo de Ejército. A consecuencia de esto tube una conferencia reservada con el citado señor Coronel, la que dió por resultado que ese científico y patriota jóven, me dijera: que lo separara del mando del Cuerpo de Ingenieros, aunque la plaza se hallaba ya en vísperas de ser atacada, porque no quería interponer con

su persona, que valía tan poco, la más ligera dificultad al Cuartel General en momentos en que éste, por convenir así al bien de la Patria, debía alejar todo motivo de desunion, todo pretexto de discordia, para dejar que en el horizonte militar que iba á presentársenos, sólo jugaran pasiones grandes y elevadas. Así lo hice, separándolo de la comandancia del Cuerpo de Ingenieros para utilizar sus servicios en mi Estado Mayor.

Refiero este hecho, señor Ministro, porque el ciudadano Coronel Colombres se halla hoy fuera de la República, preso y en un país extranjero; porque ese hecho, como otros muchos, quise dejarlo en la obscuridad, para no herir susceptibilidades, y porque yo veo más grande á los hombres, sobreponiéndose á sus propias pasiones, en bien de su Patria y de sus semejantes, que presentándose al fuego y á la metralla enemiga.

Con el más vehemente deseo de acertar, para corresponder así á la confianza que el Magistrado Supremo de la Nación me dispensara, y para no comprometer voluntariamente en lo más mínimo los intereses del Cuerpo de Ejército que estaba á mis órdenes, y por consecuencia de esto los de la Nacion toda, había pedido anticipadamente un plan de defensa que comprendiera todas las ideas generales compatibles al estado en que se hallaba la Plaza, previendo, hasta donde fuera posible en el mismo plan la actitud que pudiera tomar el enemigo.

Este documento lo recabé del señor General Cuartel-Maestre, por ser un deber de él mismo proporcionármelo. El señor General Mendoza, además de sus conocimientos militares, reune otros locales respecto de la ciudad y sus alrededores, por ser oriundo de Zaragoza, que no poseía ningún otro General.

Otro documento de esta misma clase pedí reservadamente al señor Coronel Colombres, para tener puntos de comparación, y por medio de ellos, más facilidad de indagar la verdad, ó lo más conveniente en un asunto de tanta importancia.

La razón que tuve para dirigirme á este señor y no á algún otro de nuestros Generales, fué la siguiente: Colombres es hijo de la ciudad de Zaragoza, Ingeniero y posee prácticamente conocimientos en el arte de la guerra. Fué además el que, mandando el Cuerpo de Ejército de Oriente el malogrado General Zaragoza, concibió el proyecto de fortificar la ciudad por medio de fuertes bastiones y aislados unos y otros, cuyo proyecto puso en ejecución, prévia la orden del referido General en Jefe, y la respectiva aprobación del ciudadano Presidente.

Cuando esos documentos se hallaban en mi poder, no quise discutir el contenido de ellos con sus autores, por creerlo así conveniente, no obstantante haberlo solicitado ambos. El señor General Mendoza, me entregó un

apéndice, ó sea complemento del primer plan que habia formulado, y que contenía algunos puntos importantes de que había hecho omisión en aquel.

Los demás trabajos científicos y extratégicos que requería la plaza, se había concluido ya; en ellos prestó muy importantes servicios el citado señor general Cuartel-Maestre y los ingenieros que trabajaron bajo su inspeccion, cuyos nombres no doy aquí por no recordarlos. Todos los documentos en que constan esos trabajos, se han salvado, y el Supremo Gobierno no podrá juzgar de su mucha ó poca importancia, sino cuando tenga la honra de remitírselos.

Creo también conveniente decir al Supremo Gobierno: que del plan de campaña que había formado mi antecesor, el demócrata General Zaragoza, según pude inferirlo por sus disposiciones prévias, no porque respecto de esto me dejara documento alguno, sólo hice las variaciones siguientes:

1ª. Abandonar el proyecto de defender las Cumbres de Aultzingo, que habían comenzado á fortificarse con parapetos pasajerísimos y de campaña, con sólo el objeto de causar algunos males al enemigo. Este proyecto lo abandoné, porque con él iba á dársele á aquel una victoria, en cambio de algunos centenares de muertos que pudiéramos hacerle, aumentando en consecuencia, la moral del ejército frances, todo lo que iba á disminuir la del nuestro.

2ª. Reunir en la plaza de Zaragoza todos los elementos de guerra que estaban diseminados desde el Puente Nacional hasta la fortaleza de Perote, y desde la fortaleza de Perote hasta el Palmar.

3ª. Aumentar los fuertes que circunvalaban la plaza de Zaragoza con los que se levantaron, por mi orden, un poco después, y que llevaban los nombres de Zaragoza, Morelos y el Demócrata; cuyas modificaciones fueron también aprobadas por el Supremo Gobierno.

Los movimientos y aprestos que se notaban en fines de Febrero en el campo enemigo, indicaban ya con toda claridad, que el día del combate se aproximaba, y así se lo manifesté al ciudadano ministro de la Guerra, por medio de mensajes telegráficos. En vista de esto, tuve una conferencia con el señor General Paz, Comandante General de Artillería, respecto del estado de municiones y parque existentes en la plaza, y tanto yo, como dicho señor, juzgamos ineficaces los que había para llenar el objeto á que estaban destinados, por su poco número, y muy especialmente por la falta de pólvora para utilizar todos nuestros proyectiles.

El señor General Paz, me dirigió una comunicacion, en la que me decía el estado que guardaba nuestro parque, y que necesitaba, de absoluta é imperiosa necesidad, y con cuanta prontitud fuera posible, unos setecientos quintales de pólvora. Me decía también: que la manifestación y pedido que

me hacía, era para salvar la responsabilidad que pesaba sobre él mismo, en el caso desgraciado en que, por falta de parque, sufriera una derrota el Cuerpo de Ejército de Oriente.

A mi vez, porque era mi deber y porque quise también eximirme de toda responsabilidad, transcribí dicha comunicacion, con el carácter de muy reservada, al Supremo Gobierno, de la que obtuve la contestación respectiva, ofreciéndoseme en ella, que se me remitirían oportunamente los elementos de guerra que pedía, y que para ello el Gobierno estaba haciendo toda clase de sacrificios.

Efectivamente, yo soy el primero, señor Ministro, en reconocer y admirar los esfuerzos hechos entónces por el Supremo Gobierno; más la situación en que se hallaba era en extremo difícil, y apenas podía satisfacer por lo mismo, las más imperiosas exigencias de aquella; y más si se tiene en cuenta que todos nuestros elementos de guerra habían concluido en una lucha de cinco años; lucha que el pueblo mexicano sostuvo en defensa de sus derechos, contra las clases privilegiadas de nuestra sociedad.

No contento con esto por mi parte, mandé el día 22 del mismo mes de Febrero, en comision cerca del Supremo Gobierno, á los señores Coroneles Auza y Colombres, con el objeto de que le manifestaran de viva voz, la necesidad que había de que se aumentaran el parque y los víveres con que contaba la plaza, y de que se sustituyeran los últimos, que se estaban consumiendo etónces, con algunas cantidades de numerario que se ministraran al ejército, para poder reservarlos y hacer uso de ellos en el asedio que probablemente sufriría la Ciudad. La autoridad suprema atendió á mis comisionados, y ordenó que se remitieran con toda prontitud, las cantidades que necesitaban mis tropas para su manutención: ofreciendo al mismo tiempo, remitir oportunamente el parque y víveres que se pedían.

Sin destruir ni barrenar el pensamiento general que había adoptado para la defensa de la plaza, permití á los señores Generales encargados de las líneas y de los fuertes, así como al que había encomendado el perímetro interior de la misma plaza, que se hicieran en los puntos, cuya defensa les correspondía, todas las obras de zapa que aún faltaban para que los fuertes tuvieran el poder y consistencia que se habia querido darles, que concluyeran y aún comenzaran á hacerse las abatidas y trampas al frente del saliente de los bastiones, y que bajo su inspeccion se aspilleraran todos los edificios que se hallaban cerca de los mismos fuertes y los que daban á la campaña alguno de sus frentes ó costados, para cuyas operaciones puse ingenieros á las órdenes de los referidos Generales.

Me es grato y satisfactorio manifestar á usted que en esos trabajos hubo una emulacion patriótica entre unos y otros Generales y Jefes del Cuerpo

de Ejército que mandaba, entre unos y otros oficiales, y aún entre unos y otros individuos de la clase de tropa. Todo esto era un ligero presagio de que los soldados de Oriente le consagraban á México su sangre, su trabajo y cuanto valían.

El señor General Berriozábal trabajó con actividad y sin descanso sobre los cerros, teniendo por colaboradores á los Generales que estaban á sus órdenes; lo mismo hicieron en sus respectivas líneas, y sin que el primero les aventajara en lo más mínimo, los señores Generales Antillón, Alatorre y Llave. El señor General Negrete, con los Generales Escobedo, Rioseco y Prieto, que mandaban las brigadas de su division, sobrepujó en esos mismos trabajos á las esperanzas del Cuartel General: lo mismo hizo por su parte el señor General Mejía. Injusto sería si en este punto no hiciera una mencion muy especial y honorífica del modesto cuanto valiente General Patoni.

En principios de Marzo, el señor Presidente, acompañado de su Ministro de Relaciones, visitó la Plaza de Zaragoza; ahí volví á manifestarle la urgencia que había de que se me remitieran los elementos pedidos anticipadamente, y ahí volví á recibir nuevos ofrecimientos de que oportunamente se me harían los respectivos envíos.

Por los mensajes telegráficos y comunicaciones reservadas que recibí del señor Ministro de la Guerra, supe que el Supremo Gobierno había hecinado una gran parte de los elementos que necesitaba la Plaza, que unos venían ya en camino y con direccion á ella, y que los otros se remitieron tambien un poco después; pero los sucesos se precipitaron, y ya no fué posible introducirlos á la Ciudad para contar con ellos en su defensa.

Los víveres y municiones de guerra existentes en nuestros almacenes, estaban calculados para treinta días, fundando el cálculo, respecto de las últimas, sobre ataques fuertes y continuados á la Plaza durante los citados treinta días.

Este fué el término, según lo que entendí, en que el Supremo Gobierno creyó que se resolvía la cuestión de armas; creencia de que participé yo tambien, fundándome en el brío y arrojo proverbial del ejército francés y en la valentía y patriotismo del nuestro. Creí tambien que la resolucion de ese sangriento problema no sería otro que la destruccion de ambos Ejércitos, porque juzgué que el invasor iba á atacarnos de una manera ruda, temeraria, inusitada. Y si bien sus ataques y asaltos fueron llenos de entereza y brío, retrocedio cuando los hechos convencieron á sus Generales que su Ejército caminaba á un abismo, como lo demostraré en esta misma nota y en su lugar respectivo.

Los estados de fuerza, municiones y víveres que había en la Plaza, al

comenzarse el asedio, existen en el Ministerio de la Guerra, y yo los acompañaría á este parte para comprobar mis aseveraciones, si pudiera disponer de ellos á la vez; pero me reservo hacerlo, cuando remita los demás documentos comprobantes de esta nota.

El enemigo ocupaba el día 15 de Marzo los puntos de Amozoc, Animas y Chachapan, que se hallan á pocas millas de la Ciudad de Zaragoza, y cuyos puntos había ocupado con el grueso de su Ejército, batiéndose con nuestras caballerías, que dispuse vinieran á la vanguardia de aquel, á una ó dos millas de distancia

El 16, poco después de las ocho de la mañana, el enemigo, con fuertes columnas de las tres armas, bien asegurados sus flancos y con todas las precauciones que aconseja el arte, avanzó hácia la Plaza por el lado del Este. A los tres cuartos para las nueve de la mañana de ese mismo día, la cabeza de sus columnas tocaba los suburbios de la hacienda de los Alamos.

A las nueve, un cañonazo disparado en el fuerte de Guadalupe, anunció á la Plaza que estaba á sus puertas el Ejército invasor. Poco después ocupó los cerros de Amalúcan y las Navajas, que estaban á sus flancos, para apoyar en ellos sus movimientos, cuyos puntos comenzó á fortificar en el acto, sin que ántes ni después de esta operacion le fueran disputados aquellos por nuestras fuerzas, por no convenir esto al plan de operaciones que me había propuesto seguir.

Poco ántes de las once del día, el enemigo comenzó á prolongar su línea por su derecha, apoyada en el cerro de Amalúcan, y como intentando colocarse al norte de los fuertes de Loreto y Guadalupe.

A la una de la tarde, la columna que protegió á la vanguardia la prolongacion de la línea, hizo alto en la hacienda de la Manzanilla, en cuyo punto quedó apoyada su derecha.

Cuatro horas despues, el enemigo desprendió de sus campamentos tres columnas con tiradores á su frente, y con direccion al fuerte de Guadalupe, haciendo alto al pié del cerro en que se hallaba colocado aquel. Las columnas permanecieron hasta la entrada de la noche, en el punto en que hicieron alto.

Por si tuviera por objeto este movimiento descubrir el alcance del cañon de la Plaza, mandé que éste permaneciera en silencio mientras el enemigo no hiciera un movimiento formal. La Plaza continuaba con la mayor calma sus obras de zapa, teniendo las tropas que la guarnecían, colocado en pabellones, su armamento.

Durante la noche de ese día, no ocurrió novedad alguna, y el enemigo permaneció en los puntos que ocupaba durante el dia, sin avanzar su línea por su frente ni prolongarla por sus flancos.